

**NADA HA TERMINADO**

**Cuentos**

**Diego Muñoz Valenzuela**

**Ediciones de Obsidiana, 1984**

## INDICE

Anochece en la ciudad .....	3
El valle del Inca .....	12
Huida de la flor .....	17
Lucha social.....	18
El guerrero.....	19
Muerte del mago .....	20
El ángel.....	21
Viaje nocturno .....	22
Ojo y espejo.....	23
El verdugo .....	24
La vida es sueño .....	25
Fábula.....	26
Orden.....	28
El sitio .....	29
Perros .....	30
Invisible.....	39
Atraso .....	43
La hora del recogimiento.....	45
La biblioteca .....	47
Auschwitz .....	49

## Anochece en la ciudad

-Tal vez esta maldita celda ni siquiera existe -dijo la sombra pequeña a la vecina esperando una respuesta. Pero nada vuelve, ni siquiera un gemido. Sólo la noche húmeda, eterna, del calabozo.

-¡Te digo que no pueden encerrarnos! -insistió- ¿No es cierto?... ¿No es cierto? ¡O acaso no...!

La sombra vecina se estremeció imperceptiblemente, después tosió algunas veces.

-No puede durar mucho, Carlitos, no puede durar -tosió de nuevo, como si las tinieblas quisieran ahogarlo.

Afuera amanecía y Leonor abrió la ventana del dormitorio. Miró el paisaje con agrado, era un barrio muy hermoso. De pronto sintió frío, o tal vez miedo; allí, justo al frente estaba la vieja casona y de pronto recordó todo. Los sueños, las pesadillas que la perseguían hace semanas acudieron con prisa a su mente, agolpándose confusos. Esa oscuridad horrible y esas sombras que se mueven pesadamente; gritos espantosos, maldiciones, aquellas luces que encandilan de improviso. Golpes sordos, gemidos, chispazos, perros; un líquido que viaja rítmico al piso. Leonor cerró la ventana de un manotazo. No podía comprender la misteriosa asociación que ella misma establecía entre sus pesadillas y la casona.

-Debo estar enferma, nerviosa -susurró.

-¿Qué pasa, mi amor? -preguntó alguien desde la pieza contigua.

-Nada, nada. Hablaba sola...

-Es que me pareció...

Y Leonor rompió a llorar antes de que su esposo alcanzara a abrazarla con fuerza.

La sombra de Carlos tembló de frío, afuera anocheecía, pero allí dentro nadie sabía la hora; tampoco les serviría de mucho saberlo. Eso no iba a cambiar la oscuridad eterna a la que estaban condenados.

-Tengo frío.

-Ahí vienen -interrumpió la sombra de Antonio.

La prisión es botas que se acercan, estruendo de llaves, trueno de puerta y cerradura.

-¡Carlos Andrade! -aulló alguien sin rostro.

La sombra pequeña se incorporó al oír su nombre.

-Vamos a conversar -dijeron las botas con tono burlón.

La puerta volvió a cerrarse, y tras ella desaparecieron algunas enormes siluetas. Hacían avanzar a empujones a una sombra esmirriada y silenciosa.

Antonio había quedado solo en la celda. Levantó sus manos que trazaron fugaces trayectorias de fuego en la densa penumbra de la estancia, arremetió contra la puerta dándole puntapiés y puñetazos hasta romperse la garganta. Pero nadie vino por él, y sólo unos terribles latidos en las sienes pudieron detenerlo y hacerle chocar pesadamente contra el piso nauseabundo del calabozo.

Anocheceía, y la señorita Lucrecia, así se hacía llamar la anciana atisbadora del vecindario, observó la casona. Desde que había muerto su hermana gemela, solterona como ella, no tenía más compañía que aquella ventana y los comentarios ocasionales con las vecinas de edad.

Llevaba varios meses observando lo que ocurría en la casa vieja. Durante el día no se notaba movimiento; en la tarde comenzaba el desfile de autos nuevos y furgonetas, jamás alguien a pie. Era muy extraño. Y esas largas antenas de los vehículos, como las que usan los radiotaxis. La mayoría de los coches tenía matrícula extranjera o de provincia; otros no portaban patente o un estratégico brochazo de pintura la ocultaba totalmente.

La furgoneta verde sin patente, entró con lentitud a la casona y la señorita Lucrecia abrió muy bien los ojos; así no perdería detalle alguno.

-¡Carlos, Carlitos! ¿Cómo estás? -inquirió con dolor Antonio. Carlos, exánime, inconsciente no podía responderle.

-¡Carajos!... ¡Las pagarán, estoy seguro!

Un rumor de carcajadas penetró en la mazmorra. La procesión de taconeos fue atenuándose con la distancia.

-Allí, allí; esa es la casa: el número y la descripción que nos dieron. ¡Animo, Alicia!... por nuestro hijo -dijo el hombre canoso con voz trémula y cansada.

-Por nuestro hijo, por nuestro hijo... -repitió automáticamente Alicia revolviéndose el rostro con las manos.

La pareja atravesó la calle silente y sombría hasta alcanzar el frontis de la casona, y allí se quedaron abrazados, palpitantes, en un instante más largo que sus vidas.

Alicia acercó el brazo hacia el timbre. Una lejana voz de citófono contestó desde algún lugar de la casa.

-¿Quiénes son? ¿Qué desean? -el timbre de la voz es metálico y frío, no parece humano.

Leonor dio una vuelta en la cama, y luego otra, agitó las manos entre las sábanas. Se quejó. Un brazo se precipitó a rescatarla de la pesadilla. Leonor, entre sueños, no atinó más que a aferrarse al cuerpo de su esposo.

La señorita Lucrecia abrió aún más sus ojos de lechuza como si así pudiese perforar la oscuridad, pero no distinguió más que dos siluetas muy unidas, confundidas junto a la puerta de la casona.

-Queremos preguntar por... -empezó Alicia.

En ese preciso momento Leonor despertó sollozando.

La sombra abrió los ojos pausadamente a medida que volvía de la inconsciencia. Los abrió por costumbre nada más, porque en medio de aquellas tinieblas era indiferente mantenerlos abiertos o cerrados. Sólo se percibía la débil y dificultosa respiración de Antonio y una que otra de sus características explosiones de tos.

Lo demás es silencio, oscuridad.

Carlos trató de ponerse de pie, pero los dolores le contuvieron con irresistible potencia. Miles de agujas lo punzaron. La más atrevida de ellas perforó sus genitales. La sombra se contrajo y emitió un gemido. Antonio se acercó más a él, hasta tocar, abrazar con cautela al atormentado prisionero.

-An...tonio ... me han ... venido a bus ... car...

-Sí, sí, luego vas a salir.

-No, viejo m- mis pa ... dres vinieron, pero no v- voy a ver ... los ya- dijo Carlos- ya n- no ... voy ... a ver ... -y un violento espasmo lo hizo perder el sentido.

-Dios mío -musitó Antonio- Dios mío, si podría ser mi hijo -y se abrazó al cuerpo extenuado del muchacho con unos inmensos deseos de llorar; pero nada salió de sus ojos, tampoco de sus labios. Algún día, alguna vez, pensó. Algún día, alguna vez.

La señorita Lucrecia vio alejarse a la pareja. En apariencia habían discutido con alguien de la casona, así lo indicaban los ademanes violentos de ambas partes. Alicia y su marido se sumergieron en la noche, la puerta de hierro se cerró, y la anciana quedó más sola y más intrigada.

Se dirigió al dormitorio vagamente decidida a no preocuparse de la casona hasta el día siguiente.

-Siempre lo mismo -gimió Alicia- no está aquí su hijo, ¿Por qué no va al Ministerio? ¿No estará en el extranjero? ¿No estará oculto por ahí? Si quiere encontrarlo muévase señora, pero aquí no está, aquí no hay nadie prisionero, es una oficina fiscal, nada más... ¡Cómo si no nos preocupáramos! ¿Los oíste, Roberto, los oíste? Oíste, los propios canallas que están asesinando a nuestro hijo tienen la osadía de sugerirnos un camino a seguir. Estoy cansada.

-Un día de estos voy a hacer algo más que preguntar.

-Y yo ... - Alicia se abrazó a Roberto, y se quedaron así largo rato, inmóviles, apenas viviendo o muriendo, esperando.

La lluvia que empezó de súbito consiguió diluir ese abrazo, y ambos se encaminaron con prisa hacia algún lugar de la ciudad.

-Leonor, qué te pasa, qué tienes; te llevas el día llorando y no me cuentas nada -preguntó con suavidad Andrés, mientras acariciaba el cabello de su mujer.



-Es que ... no es nada ... o no sé. son esas pesadillas horribles que te conté, y esa casa vieja del frente; no he visto a nadie allí durante el día, y en la noche esos autos negros, los furgones. Le tengo miedo a esa casa.

-Pero mi amor, eso no es lógico -dijo Andrés tratando de calmar a su esposa- tú no sabes quién vive en esa casa, no puedes suponer que algo malo ocurra allí. No has sido nunca aprensiva, qué te pasa Leonor, qué ...

-Allí ocurren cosas horribles, Andrés, cosas que quizás no podemos siquiera imaginar que pueden suceder. No sé por qué, pero los gritos de las pesadillas vienen de la casona, no me equivoco, estoy segura.

Andrés se encaminó a la ventana, miró por entre las cortinas y vio dos siluetas alejándose de la casona. Sintió una amargura inmensa en la garganta al divisar esas personas, y sorpresivamente experimentó una angustia espantosa, opresiva. Quizás debiera relatarle a Leonor sus propias pesadillas, pero no quería contribuir a ponerla más nerviosa. Algo ocurría en esa casa, él también lo sabía. Encendió un cigarrillo, aspiró el humo con fuerza y supo que esa noche no podría hablar más. Apagó la luz y se recostó junto a Leonor. Ninguno de los dos pudo dormir porque esa noche fue más oscura, más larga que todas las otras. El cigarrillo, abandonado por su dueño, terminó de consumirse en el cenicero del velador.

Antonio remeció la puerta, gritó pidiendo ayuda, mientras Carlos agonizaba en un rincón del calabozo. Nadie vino.

Carlos vomitaba sangre en un rincón. Una sombra que se desliza en la oscuridad, nada más. Nadie viene. Alguien gritando frente a una puerta. Antonio rompe los nudillos contra la madera. Alguien grita con desesperación.

Nadie viene, nadie viene...

Antonio se arrodilló, se quedó así, callado, mirando nada; ya ni siquiera escuchaba las convulsiones de Carlos. Sólo era una sombra arrodillada, silenciosa.

Amanecía, y Leonor abrió la ventana que daba a la casona. No pudo mirarla.

-Andrés - dijo- hoy nos vamos.

El marido no preguntó a dónde ni por qué. Se dispuso a hacer las maletas a pesar de que presentía que así no escapaban, no se desprendían de la casona. La paz no la daría la distancia. Había algo que hacer, mucho más que una simple mudanza, aunque de momento no era una mala idea.

Secretamente Leonor pensaba lo mismo. Y al tomarse de las manos ambos se sintieron más tranquilos.

La señorita Lucrecia miró con inquietud el bulto envuelto en lona verde que arrojaron al furgón los hombres de la casona. Entonces supo con certeza que en esa casa vieja ocurría algo extraño y terrible y por primera vez en muchos años, echó a llorar con una tristeza inesperada.

Carlos, con los ojos secos y abiertos, está encogido en su última prisión. El furgón parte desde la entrada. Antonio, enloquecido, pide auxilio para su amigo, pero ya es tarde; golpea, estremece las paredes.

Y mientras la noche cae sobre todos, el furgón corre, aterrador, anónimo, por una silenciosa avenida.

## **El valle del Inca**

Nadie ha tenido más poder que el sabio Túpac Arachi. Sus dominios sobrepasaban las fronteras del Imperio Inca que nosotros conocemos, atravesaban las más inaccesibles cordilleras, los mares más extensos y remotos. Sus territorios, así como sus conocimientos, trascendían el límite de lo conocido y lo desconocido. En todo lugar eran aceptados sin discusión sus designios y escuchadas con entusiasmo sus palabras.

Túpac Arachi era viejísimo, anterior a su propio imperio, tenía la edad de las piedras y el agua, y ya no quedaba nada o muy poco que lo atara a la remota iniciación de su existencia.

El palacio del Inca, por expresa orden suya, había sido construido muy cerca del Valle Petrificado, que quizás era el último lazo capaz de vincularlo al pasado.

Muy pocos hombres entraron al Valle, no por una prohibición de Túpac Arachi, quien jamás dictó un decreto de esa naturaleza, sino que debido al desmesurado temor, al irracional sobrecogimiento que producía su visión. En el Valle el tiempo se había detenido: todo estático, quieto; ni siquiera el viento o un sonido alteraban esa realidad inmóvil. Los árboles pétreos, de hojas rígidas y calladas; los pájaros detenidos en trino eterno y silencioso, o implicados en un vuelo patético e imposible, flotando como globos fijos, proyectando sombras también fijas. Un jaguar que acecha infinitamente a su presa arrojando espuma por entre sus fauces, y el cervatillo que olfatea el aire presintiendo la proximidad de la fiera, sin poder escapar, con el terror fotografiado en sus ojos abiertos. Un

tapir condenado a beber a perpetuidad de un arroyo con aguas mudas que no escurren, que jamás llegan a su garganta para aplacar la urgencia de su sed.

Nada supera la horrorosa certeza de ser lo único vivo entre lo rígido y muerto. Con la excepción de Túpac Arachi, todos los hombres que entraron al Valle Petrificado enloquecieron y murieron esperando un movimiento, aguardando el fin de la escena: ver volar y cantar a los pájaros entre los árboles movidos por el viento, resolver la incógnita del ciervo y el jaguar, aplacar la sed del tapir, terminar ese mundo eternamente inconcluso.

Sólo a Túpac Arachi no le inquietaba la misteriosa realidad del Valle, y acaso era ésta la mayor prueba de su sabiduría, la razón esencial de su poder. Tal vez el Valle solamente le aportaba la tranquilidad y el tiempo requeridos para una reflexión profunda y necesaria.

El anciano Inca jamás hizo uso de la fuerza para mantener bajo su dictamen al Imperio. Su Guardia Guerrera cumplía una función apenas decorativa y no tenía ningún privilegio sobre el resto de la población. Los miembros de la corte y el sacerdocio eran respetados, pero no abusaban de esa prerrogativa; además nada que contribuyera a su envanecimiento y gloria personal era aceptado por el pueblo. Desde la fundación del Imperio nadie había muerto por mandato de Túpac Arachi; las horcas y las hachas se descomponían y oxidaban en las bodegas, los látigos se revenían con la humedad. Odios y frustraciones se disipaban en las noches plácidas y silentes del Valle.

El Inca había explicado una vez que una muerte ordenada por él sería capaz de alterar el equilibrio alcanzado, produciendo una ola sin fin de sangre que ahogaría al Imperio. Manifestó en aquella ocasión que de firmar una orden

semejante, firmaría al mismo tiempo, de un modo desconocido, oculto para los hombres, su propia sentencia y la del Imperio.

Túpac Arachi reinó durante siglos en medio de la sana alegría popular, de la sucesión de ricos y variados sembradíos y de cosechas abundantes, y de un sagrado culto y veneración mutuos entre los hombres. Fue así hasta que Paccari-Tampu, familiar del Inca, urdió una trama siniestra. Comenzó por relatar a algunos cortesanos bien elegidos que había descubierto una conspiración para asesinar al Inca. El rumor se difundió rápidamente por la corte hasta llegar a Túpac Arachi, quien desatendió las advertencias, aunque no pudo disimular su preocupación ante esta insólita manifestación de violencia.

A través del propio Paccari-Tampu fue informado el Inca de los nombres de los supuestos conspiradores, un grupo de campesinos descontentos, cuyas tierras estaban en los límites del Imperio. Esos territorios habían sido incorporados recientemente al Imperio, por lo tanto no eran gente de fiar todavía. Paccari alentó al anciano Túpac para que los ajusticiara, pero éste se obstinó en dejarlos libres y en no tomar medidas contra ellos, argumentando que, de tomarlas, éstas se volverían en su contra.

Paccari, sin perder las esperanzas, hizo traer a los campesinos acusados, quienes ignoraban la farsa en que estaban envueltos. Cuando los labradores ingresaban al palacio, los saludó primero que nadie y les señaló el camino. Antes se había ocupado de enviar súbditos suyos con ricas túnicas, vinos y armas como obsequio a los campesinos, quienes tomaron los regalos con gran alegría. Corriendo por pasillos paralelos llegó Paccari donde el Inca, gritando que ya venían a asesinarlo, que de nada servían sus argumentos si su

muerte era inminente, que era preferible ajusticiar a los sublevados y salvar, junto con su vida, la permanencia del Imperio.

Al sentir la algarabía de los campesinos medio ebrios penetrando en la antesala y ver sus relucientes armas, Túpac Arachi cayó en la maraña de Paccari, ordenando a sus guardias ejecutar en el acto a las infelices víctimas.

Al derramarse las primeras gotas de sangre en aquella tarde lóbrega y terrible, el Valle Petrificado se estremeció, imperceptiblemente primero, luego en forma violenta, atronadora. Los pájaros trinaron con una fuerza inusitada, aquellos que volaban fueron a estrellarse contra los árboles, destrozando sus cuerpos palpitantes, el jaguar atrapó al cervatillo entre sus garras sin alcanzar a devorarlo, el tapir hundió su hocico en el agua aprestándose a beber, pero antes de que cada cosa se consumara, el Valle desapareció entre las montañas que se derrumbaban y fue cubierto por la lava de los volcanes inanimados por milenios. En pocos minutos no quedó prueba de su pasada existencia. Paccari-Tampu, testigo de la escena, sollozaba en silencio. El objetivo de su acción era entrar al Valle sin temor a enloquecer con las visiones bellas y enigmáticas. Paccari creía -fundadamente- que la pasividad del Imperio era lo que impedía el movimiento en el Valle, y que por lo tanto, si alteraba la situación éste cobraría nueva vida; así disfrutaría de la belleza y el conocimiento del Inca. Ahora estaba condenado a no conocer el Valle Pétreo, su vileza había sido infértil, inútil; sólo había conseguido su propia desdicha. Aún le restó valor para clavarse una daga en el corazón y cayó a la tierra negra envuelto en sus lágrimas y en su sangre.

Túpac Arachi fue ahorcado meses más tarde durante una feroz revuelta campesina impulsada y dirigida por parientes de las víctimas. El Inca, antes de

morir, tuvo la certeza de que sus pensamientos eran exactos: al ordenar la muerte de aquellos infelices labradores con un simple ademán, habíase condenado a sí mismo a una muerte peor que las que había inducido. Por ello, en sus horas finales tuvo el aplomo de no solicitar una clemencia inmerecida, dando así una última prueba de sabiduría y de valor.



## **Huida de la flor**

Una flor desertora de un jardín lejano y fabuloso va a tenderse a la orilla del mar a meditar sobre su reciente liberación. De pronto estalla en lágrimas su ocultada soledad, y tanto es lo que llora que al final se seca, y ya ni siquiera el mar es capaz de resucitarla.

## **Lucha social**

Una rosa descontenta con su cuidado pincha furiosamente las manos del jardinero y maldice al jazmín vecino que sólo da perfume, ¡el muy inconsciente!

## **El guerrero**

El mejor guerrero de una tribu nómada, el más valeroso y el más fuerte, se ha quedado en el camino mirando con desprecio la caravana que se aleja. Piensa que son unos cobardes, que ninguno es capaz de sobrevivir por sí mismo en el desierto.

No son hombres verdaderos, piensa.

Algunos días después, el guerrero muere calcinado por el sol. De su cuerpo devorado por las aves de rapiña sólo quedan osamentas. Su arrogancia son huesos blanqueados en la arena interminable.

## **Muerte del mago**

El último Gran Mago agoniza, viejísimo y agotado su cuerpo, pero lúcida su mente, poderosa y viva su magia como el primer día, hace milenios.

Acuden a despedirse cientos de seres fantásticos productos de su poder; ángeles y sirenas, licántropos y vampiros, monstruos fabulosos que sollozan sin consuelo junto a su lecho, que es la piel de un unicornio.

El Kraken y la serpiente marina, criaturas preferidas y privilegiadas, lloran silenciosamente, con respeto, sobrecogidas, sin pensar siquiera en chapotear o salpicar.

- Sólo el Hombre no ha venido - señala el anciano, con un gesto de inmenso dolor -, sólo él. Y muere.

## **El ángel**

Un ángel que realiza prácticas de vuelo ilegales en plena urbe, es detenido y juzgado por infringir las leyes de los caminos aéreos, provocar desorden público y no señalizar debidamente.

Ante tamaña acusación el ángel no puede defenderse. En la cárcel medita sobre el significado de la libertad y decide buscar una ocupación menos riesgosa.

## **Viaje nocturno**

Leonor despertó a la luna para hacer más apacible y translúcida a la noche. La luz blanquecina sostuvo una breve batalla con la oscuridad antes de hacerla retroceder hacia los más impenetrables reductos.

Después se despojó de las ropas, tomó un gran sombrero color naranja y con cinta de terciopelo, y se echó a volar suavemente por los barrios cordilleranos que eran los más favorables para un viaje de esa naturaleza.

## Ojo y espejo

El ojo había llegado. Estaba allí, en medio de la habitación. Enclavado en la pared arrojaba una mirada terrible y profunda que le hacía tintinear las terminaciones nerviosas. Esa mirada no lo dejaba olvidar lo que había que olvidar, ni recordar aquello que es imprescindible.

Pero ahí estaba, ensoñador, magnético, impasible. Enorme. Casi de su propio tamaño, con horribles sanguinolencias y venas enrojecidas, y la pupila dilatada. Se aterrorizó, golpeó el espejo hasta destruirlo y volvió con gran calma hacia su órbita.

## **El verdugo**

El verdugo, ansioso, afila su hacha brillante con ahínco, sonrío y espera. Pero algo debe vislumbrar en los ojos de quienes lo rodean, que petrifica su sonrisa y se llena de espanto.

El Heraldo se acerca al galope y lee el nombre del condenado, que es el verdugo.



## **La vida es sueño**

Duerme. Sueña que vuela.

Despierta. Cae al vacío.

## **Fábula**

Unas decenas de años atrás vuestra ciudad no era más que una miserable aldea de chozas cenicientas, de hombres y mujeres escuálidos y desamparados.

Cierto día el Buen Abdul descubrió que bajo el suelo de la aldea se ocultaba un inagotable filón de oro y una portentosa cantidad de piedras preciosas, y avisó de ello a todo el mundo dando gracias a Alá por tal hallazgo y haciendo constantes genuflexiones a su efigie imaginaria.

Diez días de fiesta sucedieron al formidable descubrimiento del Buen Abdul; todos bendecían a Alá que les había traído tanta dicha: el fin de la miseria y el hambre en la aldea.

En medio de tanta alegría, nadie se fijó en la llegada de un hombre pequeño de piel oscura y ojos vivaces que observaba pacientemente los festejos.

Cuando todo volvió a la normalidad y los aldeanos comenzaron a discutir la forma más justa de distribuir tanta riqueza, apareció el hombre pequeño denominándose "Elegido de Alá" en medio del estupor del pueblo que esperaba la llegada de un profeta anunciada por una antigua leyenda. De modo que el "Elegido de Alá" fue aclamado como profeta por los aldeanos, y se le rindieron homenajes y se le hicieron ricas ofrendas de acuerdo con su elevada dignidad. Gran cantidad de riquezas le fueron entregadas para la construcción de un templo consagrado a la eterna adoración de Alá Baal y sus emisarios terrestres.

Así fue pues que la aldea creció y se convirtió en una maravillosa ciudad

con torrecillas y almenas, hermosos templos y prósperos mercados donde se ha desahogado la avaricia y la envidia de los fieles, para finalmente llegar a ser el poderoso y rico Sultanato que es hoy día.

Quiero poner en vuestro reconocimiento, que el bienamado Sultán no es otro que el hombrecillo de ojos vivaces que llegó con las manos vacías tiempo atrás, y que el Buen Abdul, cegado con fierros candentes por la cruel Guardia del Sultanato, es el ciego miserable que junto a otros cientos de mendigos imploran limosnas a los extranjeros, ya que los habitantes de la ciudad tienen prohibición estricta de otorgárselas.

## Orden

Es de noche. El hombre toma un taxi. Viaja. El taxista asalta al hombre. Le quita dinero y documentos. El hombre queda abandonado en una esquina. Vienen asaltantes, cuchillo en mano. Lo despojan de sus vestimentas. Huyen. El hombre, desnudo, va en procura de auxilio. Detiene un coche policial. Lo golpean. Es arrestado por no portar identificación. Sospechan delincuencia sexual. Lo encierran en la celda de los sodomitas. Es violado. Grita. Los guardias no vienen. Al día siguiente lo trasladan a enfermería. El médico ordena cambiarlo de celda. Lo dan de alta. Es trasladado a la sección de presos políticos. Después de algunos días lo interrogan. Nada le creen, pues no posee documentos. Nadie sabe o recuerda a quienes lo detuvieron. Lo torturan. Exigen entregue el nombre de sus contactos. El hombre cuenta su historia. Todos ríen. Es incomunicado. Permanece en la celda solitaria por varios meses. Cuando se acuerdan de él, está flaquísimo y loco. Lo envían al Manicomio. Grita que lo dejen en paz. Muere.

## El sitio

Está el castillo sitiado por un ejército enemigo. Quienes resisten en la fortaleza de piedra padecen de sed, hambre y fatiga. Desesperado por el asedio, el Barón hace llamar al Mago, quien ejecuta un sortilegio de inversión; ahora es el ejército invasor quien resiste dentro del castillo y son las fuerzas del Barón las que hostilizan a los defensores.

El Amo de los enemigos despierta sobresaltado y sorprendido por su propio sueño. Ordena el ataque.

El Barón despierta en su sillón señorial, donde lo había vencido el cansancio; escucha los clarines del combate y corre para organizar la defensa.

Bulle entonces la carcajada del Mago por almenas, fosos y puentes levadizos, por el llano. Lanza sus sortilegios maravillosos. Ríe.

El Barón nada oye y carga furiosamente con sus hombres hacia los torreones.

El Barón no escucha sino los gritos de sus enemigos y desenvaina la espada para la que será, acaso, su última batalla.

## Perros

Abril, 8

Querido Armando:

Tal vez pienses, al leer esta carta, que se trata de una exageración lo que voy a relatarte. Sé que no es la mejor forma de reiniciar la correspondencia que abandoné meses atrás. Sin embargo, la realidad que he vivido en estos días es tan extraña que lo que voy a contarte es un reflejo débil de aquello que me ha tocado presenciar. ¡Quizás qué deberé ver aún, en lo que me resta de vida!

Déjame explicarte y, por favor, ten la paciencia de escuchar las que posiblemente sean mis últimas palabras.

Debo comenzar narrando un hecho que está conectado con mi actual situación, pero al cual no le había prestado la menor importancia. Tendría unos dos o tres años, cuando concurrí junto con mis padres a visitar la mansión de una conocida artista. Era un pequeño palacio hecho en madera, piedras desnudas, fierro forjado y provisto de un jardín selvático y descuidado; en suma, un lugar óptimo para estimular la imaginación y la felicidad de un niño. Me lancé sin demora a explorar aquel follaje promisorio de aventuras, pleno de hierbas y musgos

exóticos. La tierra permanecía húmeda a causa de la sombra que proyectaban árboles enormes. Apenas comenzaba a disfrutar de este espectáculo cuando fui atacado por primera vez. La faz de la bestia estaba suspendida sobre un conjunto de gladiolos y desde allí me arrojaba destellos con sus ojos enrojecidos y animados por designios de muerte. De improviso saltó derribándome. El perro estaba sobre mí, centelleante, acercando sus colmillos. Yo trataba de contenerlo apretando su garganta con las manos, pero mi fuerza, como es natural, no ofrecía una resistencia seria al animal y éste se aproximaba, fatal, a mi rostro. Yo chillaba. En el último momento, cuando ya me sentía perdido, acudieron los dueños de casa y las visitas, entre ellos mis padres.

-¡Sultán! ¡Sultán , deje al niño! ¡Ya pues, Sultán! -decía en voz alta, aunque no desprovista de ternura, la dueña de casa.

- Tan juguetón este perrito -dijo alguien.

El perro, alegre y orgulloso, agitaba el rabo como si todo hubiese sido una mera jugarreta. Reían sus ojos para los ingenuos espectadores, pero se daba mínimas ocasiones para contemplarme con inequívoca maldad. Entretanto yo daba rienda suelta a mis temores en brazos de mis padres; regresaba una y otra vez al llanto.

- Ya pasó -me consolaban- ya pasó.

Así fui advertido tempranamente de los peligros que me deparaba esta raza. Tiemblo de sólo pensar en sus numerosos cultores. Con una bien urdida

apariencia de bondad y pureza, toda clase de seres viles y abyectos se esconde bajo el alero de organizaciones para la protección de los animales, centros de adiestramiento, criaderos, ferias, circos. Amos y animales ocultan perversiones increíbles tras apariencias normales. ¡Cuántas mujeres maduras pasean junto a sus peludos amantes sujetos a correas firmes y posesivas, sin que se imagine la verdad! A veces pequeños gestos, sutiles acciones los delatan, es cosa de aprender a interpretarlas, ciertas miradas anhelantes, cierta familiaridad excesiva entre ambos. No falta quien dice -Qué señora tan abandonada, pobre, si su vida es cuidar al animalito y mirar televisión- ¡Si escucharan los placenteros gemidos que ensordece el rumor gris del televisor!

Después del primer ataque fui objeto de muchos más, aunque tan convenientemente distribuidos en el tiempo que sería posible atribuirlos a circunstancias casuales, a las cualidades del perro tal o cual. Nunca debía darse a pensar que fuese algo propio de su naturaleza. Tan eficiente ha sido el ocultamiento que ha conducido a la ingenuidad generalizada de considerar al perro como el mejor amigo del hombre.

Los he visto vagar por las noches, destilando amenazas entre sus colmillos. Viajan en hordas como sus antecesores. Puede verse en ellos la mirada del lobo que no ha dejado de habitar sus cuerpos, y que imprevistamente emerge, como el viejo e impasible veterano que después de veinte años de calma, vida extraordinaria para un perro, casi me arrancó un brazo en algo que los expertos concordaron en denominar "acto propio de agresividad senil". Sé que acuden a profanar tumbas en las noches sin luna; el hombre-lobo, loup-garou, vampiro,



como quiera llamársele, no carece de base real como afirman los apóstoles de nuestra precaria ciencia. En estos actos de barbarie se advierte una cierta racionalidad, debe reconocerse que existe un símil de inteligencia humana.

Yo vivo, como recordarás, con mi madre enferma de edad y llena de padecimientos. La situación económica, día a día más difícil, nos obligó a descender continuamente el nivel de vida. Al comienzo fueron cosas insignificantes: sustituir el filete por el lomo, reducir el consumo de queso y mermelada; después reemplazar la mantequilla con margarina, comprar pan corriente, carne vegetal, arroz partido. Hubo que ahorrar cera, jabón, detergente, desodorante, gas, agua, luz. Luz, tú imaginarás lo que significa para mí esto; ahora sólo puedo leer de día. Mi madre debe conformarse con lo que yo, las más de las veces de mal grado, le leo en voz alta, pues sus anteojos están inutilizados y no tenemos con qué reponerlos. Terminamos habitando una casa viejísima, casi destruida. No obstante era evidente la atmósfera de esplendor remoto. En verdad elegimos esta casa porque atenuaba nuestra pobreza.

Es un milagro que sobrevivamos; desde la última vez que hablamos no he tenido un solo trabajo decente. Perdí las últimas horas de clase (mal pagadas) que pude mantener en la semana previa a la mudanza. Ya para entonces mi vestimenta lamentable y mi físico debilitado ahuyentaban a cualquier alumno. La pobreza no llama sino a una pobreza mayor. Mi madre ha empeorado sus salud y yo gano unas míseras propinas cuidando y aseando automóviles; alcanza para mal comer, menos para las medicinas que ella necesita. Sometida a dieta de pan y té, mamá ve acercarse la muerte.

Además los perros, nunca he visto tantos ni tan horribles, han dado en violentar la casa por las noches. Entran en propósitos amorosos, copulan aquí adentro, aúllan en la oscuridad y sus ladridos nos impiden llegar al sueño. Traté de reforzar puertas y ventanas, pero todo está tan desvencijado que los animales se divierten demostrando la futilidad de mis intentos. Un hedor insoportable domina las habitaciones invadidas por ellos y se propaga hacia los dormitorios. Durante las noches es preciso que nos encerremos bajo llave pues las bestias nos buscan, arañan las puertas, aplican las narices al piso, destilan saliva entre sus fauces.

He buscado ayuda para ahuyentarlos. Nadie me cree. A lo sumo se me considera como un demente original: este es el juicio común a policías, juntas de vecinos, municipio y también el cura. No tengo a quien recurrir para pedir auxilio y comienzo a resignarme. Te envió esta carta a modo de testimonio de lo que me ocurra. Los hechos que sucedan a estas letras confirmarán mi relato, estoy cierto de ello.

Sólo me resta decir que, en medio de este infierno, mi aprecio por ti no ha disminuido, al contrario.

Te abraza tu viejo amigo

Ignacio

Armando:

¡Dios mío!... ha ocurrido al fin. Anoche ha desaparecido mi madre sin dejar huella. Los perros forzaron una de las ventanas del corredor y penetraron en gran número, esa impresión, al menos me dio el bullicio de pasos y jadeos. Mi dormitorio no es contiguo al de mamá, así que ni siquiera escuché bien lo que aconteció. Oí el embate de los cuerpos de las fieras contra su puerta, pero no fui capaz de salir a enfrentarlos. Dejé de sentir ruido y pensé que habían renunciado a sus propósitos. De pronto se escuchó un grito que me inmovilizó, era mi madre; el terror me impedía actuar. Cuando pude dominarme salí armado con dos pesados fierros y, dispuesto a todo, quité el seguro de la puerta precipitándome hacia la otra alcoba. Esperaba de un momento a otro colmillos en mi cuello o en mis piernas. La pieza estaba abierta, pero vacía. No había perros, tampoco estaba mi madre. Revisé toda la casona inútilmente. Exploré el barrio sin resultados.

Di cuenta a la policía y me contestaron que la arterioesclerosis arrastra a extrañas acciones a los ancianos. La he buscado en morgues y hospitales, pregunté en los

asilos por el ingreso de alguna persona y mostraba su fotografía. En un canal de televisión dieron el aviso. Sin embargo no hubo respuesta. Desapareció, eso es todo. Como si jamás hubiese existido.

No me atrevía a mencionar lo de los perros temiendo que me declararan loco y me recluyeran.

Un abogado joven se interesó en el caso y me prometió iniciar diligencias judiciales. Me miraba de un modo raro, como si intuyera que le ocultaba algo.

Los perros no han aparecido desde entonces. Ellos la tienen, quizás la hayan matado. Y si es así ¡qué habrán hecho de su cadáver los malditos! Sólo prevalecen mi resignación y mi confianza en Dios. El sabe lo que hace de sus criaturas. Si su designio es éste, lo habremos merecido. Ahora, noche tras noche, espero el final, pero ellos no han venido aún. ¡Confío en tu misericordia, Señor!  
¡Todavía puede haber perdón para nosotros!

Adiós , Armando

Ignacio

## EXTRACTADO DE UN PERIODICO CAPITALINO:

### HISTORIADOR DESAPARECIDO

Abril 23. Sin dejar rastro desapareció Ignacio Córdoba Hayes, 47 años, soltero, domiciliado en ..... 5268. El abogado Rodrigo Valdés dio cuenta del hecho a Investigaciones e interpuso recurso de Habeas Corpus por I.C.H., en el tribunal correspondiente, dado que el caso conlleva extrañas complicaciones, entre ellas el desaparecimiento de su madre Alicia Hayes Figueroa días antes de estos sucesos.

I.C.H., a pesar de vivir en la más completa indigencia, era Licenciado en Historia y Antropología de la Universidad de ....., ex- profesor y

Director de Departamento de la misma  
Universidad.

El Director de Investigaciones ha  
declarado tener ya algunas pistas, pero  
se mantendrán en absoluta reserva  
para evitar interferencias en las  
pesquisas.

## **Invisible**

El hombre no poseía ningún rasgo distintivo. Moreno, de mediana estatura, bien afeitado, ropa de tonos más bien oscuros; nada había en él que pudiese atraer la atención de los transeúntes. Era, pues, invisible para peatones, compradores de supermercado, pasajeros de microbús o del tren subterráneo. Si se calzaba unos bluejeans, chaleco artesanal y aferraba unos cuantos libros y cuadernos en su mano derecha, pasaba por estudiante en cualquier campus universitario. Si, en cambio, usaba bototos, unos blue-jeans más gastados y casaca, podía asistir a cualquier asamblea sindical. Con un terno de buena apariencia era capaz de introducirse a oficinas, colegios profesionales o institutos educacionales privados. Con un jockey, bufanda y un abrigo gastado asistía a recitales, peñas y obras de teatro. Y, bueno, con ropa vieja podía representar una variada gama de papeles: vendedor ambulante, cesante, obrero del programa de empleo mínimo. Era, en definitiva, un ser privilegiado, dotado de la extraordinaria capacidad de convertirse en cualquier persona, en el momento que lo quisiera. Hombre de las mil caras: el ideal soñado por un actor. Con la diferencia de que un comediante espera destacarse con esa habilidad y lo que él buscaba era precisamente lo opuesto: no ser visto ni oído por persona alguna. El Hombre Invisible de Wells, el maléfico Horla de Maupassant.

A este hombre lo llamaremos Miguel, aunque utilizaba numerosos apelativos bien acreditados mediante documentos legales. Lo llamaremos así, a pesar de que desconozcamos su nombre auténtico, porque era el apelativo que más le agradaba. Consta, dato corroborado por diversas investigaciones, que empleó este seudónimo una veintena de veces a lo largo de su vida, lo cual, refleja un extraño apego que no tiene

relación con su comportamiento y fisonomía cambiantes.

Desde pequeño nadie se fijó en Miguel. Nació en un hogar de clase media, igual a muchos otros miles de hogares de clase media de este país. Tuvo hermanos, fue al colegio como todos los niños, pero nadie se fijó en él, ni siquiera sus progenitores. Cuando era un bebé solía estar horas en silencio, no reclamaba a la hora de comida, ni siquiera cuando los pañales húmedos lo torturaban; así es que muchas veces estuvo sin alimentarse ni mudarse de ropa durante varios días. Fue un verdadero milagro su supervivencia. Más tarde, en el colegio, desarrolló la capacidad de pasar inadvertido para los maestros. Nunca fue interrogado oralmente. Nadie notaba su ausencia en clases, tampoco su presencia. Sus padres jamás fueron citados a reuniones de apoderados. Si contestaba o no las pruebas escritas, daba lo mismo: sus notas eran regulares. De este modo, Miguel terminó su enseñanza secundaria y se vio enfrentado al problema de tener que autoabastecerse a temprana edad, puesto que en su casa nadie lo alimentaba. Ni siquiera se tomaban tiempo para conversar con él.

Cierto día encontró su pieza convertida en escritorio y se marchó sin protestar. Y sin despedirse tampoco; para qué, nadie le habría contestado. Vagó durante mucho tiempo sin encontrar trabajo. Tal vez en este período, concluyen los especialistas clínicos, puede haber desarrollado el resentimiento que motivó sus actitudes posteriores. Otros, la mayoría, aunque legos en materias psiquiátricas, afirman que jamás sintió odio, que no gozaba con el daño que causaba: él pensaba que su oficio era una forma de ganarse la vida como cualquier otra. Es difícil inclinarse por una sola de estas alternativas; nos sentimos inclinados a creer que en su conciencia operaban ambas actitudes actuando dialéctica y simbióticamente.

Por fin, después de nutridas miserias, encontró amigos y junto con ellos, su vocación y su oficio. La verdad, no era capaz de hacer ninguna cosa; fracasó en todas



las ocupaciones imaginables antes de encontrar su lugar. Tuvo largas etapas de entrenamiento, durante las cuales fue bien calificado y, en consecuencia, bien considerado y respetado por primera vez en su vida. Esto fue capaz de estimular su profesionalismo hasta niveles excepcionales; poco a poco fue destacándose y ganando la confianza de sus superiores. La importancia de sus misiones iba en continuo crecimiento. Al comienzo le asignaron organismos de poca monta: una junta de vecinos en un barrio de medio pelo, que era presidida por un obtuso y arteriosclerótico militar retirado; un club deportivo juvenil en una población popular que fue una pérdida de tiempo y esfuerzo, ya que al final se comprobó que todos sus miembros pertenecían a diversos servicios de inteligencia. Habían estado vigilándose unos a los otros, hasta que en el allanamiento de la sede, realizado en forma simultánea por las distintas fuerzas policiales, se descubrió la verdad. Por lo menos no perdieron la movilización: “Ya que estamos aquí, no estaría de mas un operativo”, dijo alguien, y pusieron manos a la obra.

Después asistió en la Universidad. Contribuyó a la expulsión de decenas de alumnos; intervino en los interrogatorios de los dirigentes estudiantiles más destacados y se distinguió por obtener con presteza declaraciones donde los perseguidos daban fe de trato justo y digno por parte de sus captores. Pero su especial talento para camuflarse no era inagotable, de modo que con el tiempo fue señalado por algunas víctimas. Temiendo por su vida, la jefatura le encargó nuevas tareas. Fue un pequeño Dios: estuvo en todas partes con diferentes rostros y apariencias. Cobró su sueldo y recibió cuantiosas regalías.

Hacia las postrimerías del régimen, se las arregló para ubicarse en un puesto inocuo, en los subterráneos de un ministerio, en una oscura oficina de escaso movimiento. Allí permaneció tranquilo por más de una década, recibiendo carpetas,

timbrando recibos y archivando papeles en orden cronológico. Así, hasta que la semana pasada una anciana descendió a la inhóspita oficina de Miguel; al reconocerlo dio un respingo. Se acercó a la ventanilla y sin dirigirle la palabra, lo escupió en pleno rostro. Miguel se aterró, pensó en escapar, pero no se atrevió a salir a la calle. Se quedó allí, esperando lo que el destino le deparara. En las horas sucesivas, nadie llevó o requirió carpetas, pero muchas personas bajaron la escalera para escupirlo en pleno rostro, en silencio, sin reprocharle nada. Allí se mantiene, cadavérico, exhausto, de pie junto a la ventanilla, ante una cola interminable que se renueva continuamente, arrastrándose por la cara un pañuelo mugriento cuando los salivazos amenazan con asfixiarlo. Es como si allí no hubiese un ser humano, como si nada más hubiera un espacio vacío frente a esa ventanilla hacia donde la gente expectora su dolor, su rabia, su repugnancia.

## Atraso

Raúl estaba en el paradero sosteniendo el portadocumentos con la axila. El microbús se detuvo justo frente a él y subió de un salto a la pisadera. Pagó el pasaje sin mirar al chofer y fue a sentarse al final del pasillo.

Después de algún rato se dio cuenta de que era el único pasajero, y que la micro, a pesar de no transportarlo más que a él, se demoraba muchísimo en avanzar.

- ¡Qué desgraciado éste! – susurró, mordiéndose los labios.

Raúl miró la hora; en efecto, estaba atrasado. Ante sus ojos las calles y los árboles de la ciudad se desplazaban morosamente. Pensó en apurar al conductor.

Luz roja ¡cuarenta segundos más!

- Oiga, apúrese un poquito... por favor – la timidez congénita traicionaba su ira.

El chofer siguió como si nadie hubiese hablado.

Jamás llegaría a tiempo, alguna partícula de resignación comenzaba a impactarle.

- ¡Usted ni volando llega a tiempo a alguna parte! – gritó Raúl con un cierto dejo sarcástico en medio de su cólera.

- ¿Está seguro? – interrogó el conductor.

De pronto se escuchó un confuso aleteo proveniente de los costados del microbús. Simultáneamente Raúl advertía la monstruosa antigüedad de la

máquina y pensaba en qué le recordaba aquella voz. Se incorporó para ver lo que ocurría, pero al tiempo de ponerse de pie, el vehículo emprendió el vuelo.

Entonces el chofer se volvió hacia él y le hizo un guiño malicioso con el ojo derecho.

## La hora del recogimiento

Como era Hora de Recogimiento nadie caminaba por la enorme avenida. Era, quizás, hora de almuerzo y el sol hacía hervir los tejidos y el renegrido pavimento. Muy de tarde en tarde una mirada atravesaba los vidrios y caía indiferente sobre la desolación exterior.

Y a lo lejos, una minúscula partícula que se va transformando en un hombre, un hombre que camina por las calles, que se acerca... El sol lo hace transpirar en abundancia, casi derrite su cuerpo, es vapor lo que se fuga por sus poros. Posiblemente la Hora no tenga más sentido que evitar este calor terrible, Pero sólo tal vez.

Llegaré a la avenida y después daré la vuelta - murmuró el hombre para su propio oído, medio trastornado por la torridez. Todo es más infierno, más brillante, punzante en los ojos. En el confín de la visión la avenida se vuelve atractiva e inalcanzable. Imposible apresurarse. El calor ataca en raudales para quemar el aire. La Hora está en su apogeo.

El hombre llega a la avenida, se dispone a atravesarla. Pisa el asfalto. Con lentitud empieza a cruzar, con la mirada fulgente, lleno de expectación. Una extraña música invade la atmósfera en el preciso momento en que se siente aprisionado. Kiss, Bee-Gees, Frampton, Clapton, northamerican music, it's all the same. Un pie se hunde en el alquitrán. Nights of Broadway. El otro también. No puede salir. Grita, grita, grita, maldice, tironea. Nada; está atrapado. La música ensordece para que no se escuche la voz, el sol adormece y destruye. Alguien grita, alguien hace esfuerzos para liberarse.

El sol ha caído para convertirse en crepúsculo y el hombre de alquitrán espera algo, de rodillas. La Hora ha terminado.

Acude el camión municipal; de él saltan algunas siluetas que cortan el asfalto endurecido alrededor de los pies del hombre y acaban por extirparlo del pavimento; después lo llevan a la parte trasera del vehículo. Lo dejan solo. Cierran la puerta y luego, por una rendija, dejan caer una radio hacia el interior. El hombre abre la boca, pero unas palabras en inglés le aprisionan la garganta. Abre los ojos, pero una fiesta de colores y movimientos ataca su cerebro.

Quiere morir, quiere estar muerto, pero oye, aún escucha, the music, the succesful, the extraordinary music proceeding from the great country of North.

El camión se pone en marcha y acelera por la avenida.

## La biblioteca

El profesor entró con indisimulado deleite a la nueva biblioteca.

LA BIBLIOTECA CIERRA A LAS 19 HRS.

SE RUEGA ABANDONARLA OPORTUNAMENTE.

SE AGRAD...

Interrumpió su propia lectura para admirar los detalles. Todo alfombrado e impecable. Se acercó a los ficheros y se abocó a revisar algunos en forma sistemática; periódicamente anotaba cifras en los formularios que encontró sobre el mesón de pedidos. Envío los papeles por el montacargas hacia el subterráneo y un par de minutos después cinco libros relucientes retornaron en lugar de aquéllos. Tomó los textos y los transportó a la sala de lectura.

NO FUMAR

Palpó los costados de su chaqueta; de todos modos no importaba, había olvidado comprar cigarrillos.

LA BIBLIOTECA CIERRA A LAS 19 HRS.

El profesor hizo un gesto de desprecio, - los malditos burócratas- o algo así murmuró. Se sentó y se dispuso a leer. Eran las 18:29. Hojeó el primer libro, luego el segundo. Sólo para disimular, ninguno de los dos le interesaba en realidad. El tercero tenía tapas verde brillante; las abrió impulsivamente. Saltó el prólogo para leer el capítulo uno.

Había pedido cinco libros para leer uno solo, uno que le costaría el puesto si lo sorprendieran. Nunca más encontraría trabajo. Para un maestro no existían las segundas oportunidades. Le había costado decidirse. Mucho era el riesgo, tal

vez mucho más de lo que creía. Pero leía con fruición. Nada lo podía distraer, nada lo podía distraer, nada.

18:40

Terminó con el capítulo I y dobló la página. Antes anotó algo en un cuadernillo. Centró la vista en el libro.

18:47

Miró la hora. Bajó la vista. Allí estaba todo, todo cuanto deseaba saber, todo, todo. Su avidez crecía.

No podía llevarse el libro a la casa. Tenía que verlo ahora, aprovechar al máximo esta oportunidad, quizás no tuviese otra.

18:57

18:58

18:59

El profesor estaba nervioso. Devoraba el libro, nada más parecía interesarle. ¡Queda tan poco!

18:59:30

Miró el reloj de la sala y cerró el libro. Caminó hacia la salida.

19:00

La compuerta se cerró antes de que el profesor pudiera alcanzar el umbral. Se puso color de harina. La luz se debilitaba en el interior de la sala. Entonces recordó a su sobrino que salió a caminar y pensar y que no volvió nunca, y de su mujer que le ocultaba los anteojos para que no leyera tanto. Ahora estaba todo negro. Alguien le quitó el libro y lo arrastró por un pasillo que hasta hace un rato atrás no existía.



## Auschwitz

El anciano comenzó a descender calmoso la escalera que conducía a la estación del tren subterráneo. No tenía ninguna prisa, nadie lo esperaba. El matrimonio sin descendencia se había esfumado por completo con la muerte de su esposa algunos años atrás. Este recuerdo ya no lo entristecía; nada lograba sacarlo de su mutismo. Una vez al mes se animaba, más por obligación que por entusiasmo, a cobrar el cheque de la jubilación que le permitía prolongar su vida reposada. No pasaba estrecheces económicas, al menos. Era, tal vez, un monótono privilegiado.

Estaba pasado el mediodía y un calorcillo punzante se agitaba gozoso en la atmósfera pregonando el verano inminente. El anciano, sin embargo, portaba un grueso abrigo invernal; a su edad este cambio de clima era todavía una sutileza incapaz de modificar su indumentaria.

Terminó el descenso y se dirigió a la boletería que era atendida por una mujer rubia, madura y de expresión muy rígida. Demoró mucho en reunir las monedas para cancelar el boleto y la cajera lo observaba impaciente. Por fin juntó el dinero y recibió el boleto azul a cambio. Sintió, al alejarse, la mirada fría de la mujer en su espalda, pero no se atrevió a voltear el rostro.

Una vez en el andén sintió fatiga, era larga la caminata, y se acomodó en una silla acrílica desde donde pudo dominar toda la estación. Enfrente suyo había un grupo de muchachas que no hacían más que reír y hacerse cosquillas unas a otras. Cerca de él, de pie, un individuo alto, corpulento, con un bigote muy bien cuidado, contemplaba a las jóvenes sin perder detalle de sus movimientos;

a veces sus faldas descubrían sus muslos suaves y torneados; otras, sus senos de turgentes pezones se veían por entre los escotes audaces. Este hombre -pensó- tendrá unos cuarenta años. Al otro lado de la vía, era curioso, no había nadie. El anciano abandonó sus observaciones al percibir un estremecimiento en el piso. No, no era un temblor, ya lo sabía, era el ferrocarril que se aproximaba. Se incorporó al tiempo que hacía su entrada el Metro. Las puertas de los vagones relucientes se abrieron y los nuevos pasajeros ingresaron. Las muchachas y el cuarentón subieron delante del viejo. El vagón estaba casi desocupado y no tuvo problema para encontrar asiento. El cuarentón se ubicó frente a las muchachas; era evidente su excitación. Una mujer gorda llena de paquetes se quejaba del calor y de la carestía mientras devoraba un chocolate enorme. Más al fondo un quinceañero se ruborizaba con las miradas provocativas y las carcajadas eróticas que le dirigían las jovencitas. El cuarentón se retorció, envidiando al mocoso.

Las estaciones empezaron a sucederse vertiginosamente. Una de las muchachas se acercó al joven solo con el pretexto de pedirle fósforos. El anciano pensó en reclamar si es que fumaban, mal que mal estaba estrictamente prohibido, pero su inercia lo hizo desistir. El muchacho tenía fósforos y prendieron los cigarrillos. La señora gorda masculló algo que no se entendió a causa del chocolate que hinchaba sus mejillas. Los muchachos conversaron, luego empezaron a jugar a tocándose los cuerpos uno al otro. Las muchachas se erotizaban y miraban al cuarentón. Acrecentaron sus juegos nerviosos. Al fondo, la pareja se besaba tendida en un asiento. La mujer arrojó una mirada horrible al anciano, como insinuándose. Las muchachas rodeaban al cuarentón complacido. El anciano sentía náuseas por los guiños de la gorda. Los

muchachos se desnudaban. De pronto el anciano pensó que todo era tan extraño. Una voz ordenó bajarse a todos los pasajeros a través de los parlantes. El tren se detuvo, pero las puertas se mantuvieron cerradas. Afuera había una espesa neblina. Transcurrieron algunos segundos. Estaban todos de pie, menos el anciano. Estaban frente a las puertas que no se abrían.

Cuando empezó a salir el gas por los conductos hábilmente disimulados, todos gritaban y golpeaban las puertas de vidrio y trataban de separar las gomas que las hermetizaban. Desde afuera era posible ver como la gorda vomitaba el chocolate sin dejar de chillar y estrellarse contra los vidrios. Los puños del cuarentón estaban destrozados y la sangre corría por los vidrios. Las muchachas aullaban histéricas junto al quinceañero. Sólo el anciano se mantenía en el asiento aspirando en grandes bocanadas el gas que le robaba la vida.